

Cómo vivir sin amor y sin que eso te importe

Después de leer este artículo muchos podrían desecharlo fácilmente diciéndose “este que escribe nunca ha conocido el amor, cuando lo haga cambiará de opinión”. Al respecto pienso que todos, o la mayoría, hemos estado enamorados; nos sucede en la adolescencia y es entonces cuando sentimos esa emoción más intensamente. En mi caso fue tan intenso que en años posteriores cuando leí mi diario de esa época no resistí el empalagamiento que me produjo su cursilería y lo quemé. Ahí se perdió la prueba de que sentí el amor, situación que podría quedar en duda al terminar de leer este escrito.

El amor es un tema difícil, muy complejo, aquí no voy a intentar explicar cómo se siente, esa es tarea de poetas; lo poco que puedo decir sobre el tema es respecto a su función.

El amor es una función biológica que, como el resto de las que tenemos, evolucionó en alguna época de la historia de nuestra especie porque benefició en su supervivencia a los que lo sintieron. Al parecer la función del amor es unir a una pareja por lazos adicionales al sexo y el resto de los vínculos emocionales (como parentesco y relaciones jerárquicas). Este nuevo lazo tiene por objeto formar familias, parejas que se apoyan para cuidar de sus hijos durante muchos años. Esto a su vez permite el ser humano, ese animal que es inteligente, pero que requiere de aprendizaje para serlo, mismo que le toma los primeros años de su vida, período en que es un ser indefenso y totalmente dependiente de sus padres.

El método que el amor utiliza para conseguir la unión de la pareja es una obsesión por características particulares de la persona amada. Si la obsesión fuera con características que la persona comparte con otras el amor no funcionaría para unirnos a una persona específica, nos uniría a un grupo que compartiera esas características. Por eso cuando recordamos a la persona amada nos vienen a la mente los “pequeños detalles”, únicos en ella.

Además, cuando el amor se instala, cuando se presenta, es irreversible. Esta cualidad es adecuada para el propósito de mantener unida a la pareja por varios años.

Cuando somos adolescentes nos podemos enamorar prácticamente de lo que sea, hasta de un palo de escoba; nos guiamos simplemente por nuestras emociones, pero con el tiempo intervienen las ideas, nuestras creencias sobre la pareja ideal: el príncipe azul, la media naranja, el alma gemela.

Cuando la idea interviene en el proceso de enamoramiento se incluye un filtro que descarta, antes de que el amor se instale, a las personas que no cumplen con ciertas características que en realidad siempre son más o menos caprichosas. El proceso de selección que podemos hacer conscientemente se tiene que dar antes de que el amor llegue, porque cuando esto sucede no hay marcha atrás. En realidad sí la hay, pero es dolorosa y sólo se emprende cuando se han agotado otras alternativas.

El momento preciso en que conscientemente aceptamos el amor es cuando consideramos a la pareja como nuestra propiedad. Si después de verla como nuestra, de visualizarla junto a nuestra familia, apareciéndose en nuestros momentos de soledad, acompañándonos en las reuniones con nuestros amigos,

todavía la aceptamos, entonces levantamos nuestras defensas y nos enamoramos.

El paso de una relación informal, donde los integrantes no se consideran la propiedad del otro, a una relación formal donde el amor se ha instalado se puede dar de dos formas: 1) cuando controlamos la frecuencia con que vemos a la pareja y 2) cuando vemos a la pareja independientemente de nuestras intenciones amorosas con ella.

En el caso 1 el filtro de conciencia que menciono arriba funciona muy bien. En el caso 2 puede fallar. Si seguimos viendo a nuestra pareja informal aún cuando por alguna razón la hayamos descartado conscientemente, cualquier falla emocional, usualmente una necesidad sexual, puede vencer el filtro y permitir que el amor se instale.

Entonces, para evitar el amor es necesario 1) tener ciertas exigencias sobre tu media naranja. Este requisito lo cumplimos muchas personas, no porque seamos muy exigentes, sino porque somos demasiado ignorantes como para conocer a las personas (la máxima creación de Dios, y digo Dios como sinónimo de La Naturaleza) lo suficiente para clasificarlas y seleccionar, y por lo tanto nuestras exigencias están totalmente fuera de la realidad y son imposibles de cumplir. Por ejemplo, las niñas quieren el príncipe azul: rico, guapo, fiel, sumiso cuando se les antoja pero que se impone cuando así lo desean, adinerado pero benevolente con los pobres, fiel otra vez, deseado por todas las mujeres pero aún fiel. Este hombre no existe, la naturaleza del hombre es de ser infiel, y sólo consigue evitarlo cuando controla sus emociones (esto se logra después de sentirlos, por supuesto), mas no porque sienta deseos sólo por su pareja (al respecto, aquellas que lo duden pueden preguntarle a cualquier amigo de confianza o leer "The red queen" de Matt Ridley).

Y 2) no encontrarte con tus prospectos de pareja si no lo programas, esto es, no trabajar, no estudiar con ella y no frecuentar amigos comunes. Si alguna de estas recomendaciones falla es posible que las circunstancias no planeadas intervengan para que el amor se instale a pesar de que la pareja sea rechazada consciente y equivocadamente (porque no comprendemos lo suficiente de la naturaleza humana como para imaginar a la pareja deseable).

Esos son los dos requisitos para vivir sin amor, pero para que no nos importe esa situación es necesario que los principales planes de vida no incluyan una familia, debemos vivir preocupados por otro proyecto. Conseguir esto no es sencillo porque los sentimientos que nos hacen desear la familia están muy arraigados en nuestra naturaleza y los usamos para construir nuestros primeros proyectos de vida.

Yo no recomiendo vivir de esta forma, pero no está nada mal hacerlo durante nuestra juventud: nos permitirá aprender más en la vida antes de comprometernos.